

www.elboomeran.com

Chris Stewart

TRES MANERAS
DE VOLCAR UN BARCO

Traducción del inglés de
Alicia de Benito Harland



Traducción del inglés de
Alicia de Benito Harland

Título original: *Three Ways to Capsize a Boat*

Imagen de la cubierta: Peter Dyer
Fotografía de la página 187 de Tom Cunliffe (www.tomcunliffe.com)

Copyright © Chris Stewart, 2009
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2010

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7ª 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-298-3
Depósito legal: B-14.672-2010

1ª edición, mayo de 2010
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Contenido

Primera parte: Título de tripulante	
Aprenda a navegar usted mismo.....	11
De acá para allá.....	17
Sark a la luz de las estrellas.....	28
Segunda parte: Las islas griegas	
¿Dónde está Dunde?.....	35
Elogio al cubo.....	57
Tercera parte: A mal tiempo, buena cara	
Viaje a Vinlandia.....	87
Perdidos en el mar.....	129
El Nuevo Mundo.....	162
Epílogo.....	173
Los Jumblies.....	179
Agradecimientos.....	185

PRIMERA PARTE

Título de tripulante

Aprenda a navegar usted mismo

Fue Julie Miller, una tarde lluviosa de otoño en la calle Wandsworth, la razón por la que me hice marinero. Claro está que el lector no tendrá ni idea de quién es Julie Miller, ¿por qué iba a saberlo?, pero su relación con este episodio es que la chica tenía una tía abuela llamada Jane Joyce.

—¡Chris! —exclamó Julie con una voz que superaba con creces el estruendo del tráfico de Londres—. ¡Qué estupenda coincidencia! Estaba deseando verte y tenía algo en concreto que preguntarte... ¿Qué era? Ah, sí: ¿te gustaría trabajar este verano al cuidado de un barco en las islas griegas?

—Pues claro que me gustaría —respondí sin pensarlo siquiera—. De hecho, este verano no estoy muy ocupado. —Y era verdad, pues a la tierna edad de veintinueve años mi porvenir como criador de ovejas acababa de irse a pique. El banco se había negado a conceder más préstamos para mantener el rebaño del que cuidábamos mi novia Ana y yo en un terreno arrendado de Sussex, y mis «perspectivas de futuro», como mi madre insistía en llamarlas, no ofrecían un aspecto demasiado brillante.

—Fantástico —dijo Julie—. ¡Qué alivio tan grande! Mi tía abuela Jane lleva semanas dándome la lata para que le busque un patrón de barco, y enseguida pensé en ti.

Lo cual, todo hay que decirlo, resultaba de lo más curioso, pues no había pisado un barco en mi vida ni sabía absolutamente nada de navegación; pero estaba desesperado por conseguir un trabajo, de modo que me pareció que lo mejor sería guardar en secreto pequeños detalles sin importancia como ése.

Evidentemente, lo primero que tenía que hacer era empollarme un poco el tema de la navegación a fin de comportarme de manera satisfactoria en la entrevista. Así pues, me compré *Aprenda a navegar usted mismo* u otro título de autoaprendizaje por el estilo y me sumergí en su lectura. No me pareció tan apasionante como deberían ser los libros que versan sobre un tema tan interesante y, cuando lo terminé, sólo me quedaron unas nociones muy imprecisas. Si tenía las imágenes delante de mí, podía decir cuál era la diferencia entre una balandra (de vela cangreja o bermudina), una goleta, un queche y una yola; me hice una idea muy vaga sobre lo que significaba ceñir, virar por delante y navegar con viento en popa; había aprendido que no era conveniente trasluchar cuando se navegaba viento en popa; y podía decir más o menos cuándo había que rizar las velas o, si las cosas se ponían realmente feas, cuándo recurrir al tormentín.

También trabajé un poco con el vocabulario. Descubrí que las cuerdas en realidad no eran tales, sino escotas, cabos, drizas, calabrotes, bozas, estays o escalas. Los aseos no eran el retrete, sino el jardín. Naturalmente, la parte de delante no se llamaba parte delantera, ni la de atrás, trasera... y además estaban el bichero, las bitas y poleas, los puños de pico, las orzadas y los puños de escota. Y, si no te encontrabas muy bien, siempre podías ponerte al paio.

A mi familia y mis amigos les inquietaban mi actitud demasiado preocupada y mi tan evidente ignorancia. «¿Y si tiras al agua a la vieja? —me preguntaron—. ¿Cómo podrías perdonártelo 1) si los ahogas a todos, 2) si hundes el barco y 3) si encima te matas?»

Les señalé la tautología, los tranquilicé diciéndoles que al final las cosas saldrían bien y marqué el número de teléfono de mi futura patrona. Contestó una voz con un agradable acento patricio americano.

—Ay, cariño, estaba deseando que llamaras. La encantadora Julie me ha hablado mucho de ti, y sencillamente no puedo esperar más tiempo para conocerte en carne y hueso, como suele decirse, pero, tal como están las cosas, no va a quedarme más remedio. Entonces, ¿te vendría bien el martes a las ocho de la tarde?

Volví a hundir la nariz en el libro de navegación y a repasar una vez más el vocabulario —a toda vela, virar por redondo, navegar al largo, virar por adelante... orejas de burro, rolar a la derecha y a la izquierda—. Después me levanté y me emperifollé —creo que incluso me puse corbata—, y a las ocho menos dos minutos llamé al timbre de un opulento bloque de pisos de ladrillo en Cadogan Square. Me abrió la puerta un octogenario alto y un poco encorvado. Tenía una abundante cabellera blanca y una nariz bulbosa, y hablaba en voz baja, muy despacio y con gran suavidad.

—¡Hombre!, tú debes de ser Chris —dijo, y me tendió la mano, que le estreché con toda la firmeza que me pareció oportuna para una persona tan delicada—. Bienvenido. Pasa. Soy Bob Joyce pero, por favor, llámame Bob. Jane bajará dentro de unos minutos. Mientras tanto, tal vez te apetezca beber algo.

—Un whisky con soda... —repuse. Parecía la bebida adecuada para un patrón de barco, aunque no recuerdo haberlo pedido por gusto en ninguna otra ocasión.

—Muy sensato, sí señor. ¿Hielo?

—Mmm, sí, gracias.

Bob se acercó al mueble bar mientras yo hacía un balance del entorno: una opulencia inmensa, aunque un tanto oscura.

—Sí, tienes razón, el piso tira un poco a tenebroso, pero sólo lo hemos alquilado por unos meses. Al menos no es frío.

Curiosamente, yo no había dicho nada.

—Vamos, siéntate, Chris —añadió—. Me han dicho que vas a ser el patrón de nuestro barco este verano, ¿no?

—Sí, así es, o al menos eso espero.

—Pues yo también lo espero, Chris. Salud. Aunque no sirve de nada que me hables de barcos a mí; no me gustan nada. El barco es el hobby de mi mujer.

Un roce de telas caras, un perfume de gardenias y, de pronto, Jane apareció ante nosotros.

—Chris, ¡qué amable de tu parte haber venido! Estoy encantada de conocerte. Bueno, Bobby, ¿le has ofrecido algo de beber a nuestro capitán? Ah, sí, muy bien, ya veo que lo has hecho. Siéntate, por favor.

Jane era un torbellino de mujer a la que le eché unos setenta años, aunque todavía conservaba toda su belleza, y tenía unos modales tan desenvueltos como llenos de autoridad. Traté de encontrar algo que decir que guardase alguna relación con la vela, pero, qué demonios, aún no era el momento de empezar a hablar de jardín y bitas y todo eso. En cualquier caso, era Jane quien dirigía el cotarro. Bob se bebía a sorbitos el whisky mientras tamborileaba con los dedos en la rodilla.

Ella se sirvió una bebida y se sentó frente a mí, mirándome penetrantemente mientras me calibraba.

—Chris, estoy segura de que nos vamos a llevar de maravilla; tus referencias son impecables. Ni siquiera voy

a repetirte lo que Julie me ha dicho de ti (y Julie es una persona cuya opinión me tomo muy en serio). Pues bien, imagino que sabes cuanto hay que saber de navegación, de manera que no tenemos que molestarnos en hablar de eso...

Como un idiota, no tomé la fácil vía de escape que se me ofrecía. Aún le daba vueltas en la cabeza al tema de la navegación y estaba tratando desesperadamente de encontrar algo que le diese la impresión de que yo era un experto marino.

—¿Es un cangrejero? —farfullé.

—¿Cómo dices, querido?

—Me refiero al barco, el yate... ¿es un cangrejero?

—¿Un qué? —preguntó con expresión afligida.

—Un cangrejero —repetí—, ya sabe, un barco con velas cangrejas...

—No tengo ni idea, Chris. ¿Crees que es importante?

—No, claro que no, era sólo por curiosidad, para saber qué clase de barco voy a capitanear, sencillamente.

—Pues te voy a decir lo que haremos: antes de que vendas te enviaré toda la información, con el folleto y todos los detalles.

Aquello iba a ser pan comido, coser y cantar. Bob me sirvió otro whisky mientras Jane me ponía al corriente de cuáles serían mis deberes. Me pagarían cincuenta libras a la semana más una asignación para gastos de subsistencia. Yo tendría que recoger el barco del lugar en el que se encontraba atracado, en un puerto deportivo de las cercanías de Atenas, y llevarlo hasta la isla de Spetses, donde pasaríamos el verano. Comenzaría a trabajar en mayo, a fin de tener lista la embarcación para cuando llegaran los Joyce. Jane, a pesar de la aparente gracia de su porte, estaba a punto de someterse a un «trasplante» de caderas. La temporada veraniega de navegación comenzaría en cuanto se recuperase de la operación.

Y eso fue todo. Había superado la entrevista, claro que es cierto que era el único candidato, lo cual, bien pensado, es la clase de entrevista que prefiero. De repente me había convertido en un patrón de yate de las islas griegas, con un salario más alto que el que había recibido en toda mi vida y un largo verano de sol y vela por delante. Podría decirse que mi barco había llegado a buen puerto.

Loco de contento, crucé dando brincos el puente de Battersea en dirección a la casa de mi hermana, donde me alojaba. Y mientras brincaba, empezaron a asaltarme las primeras dudas. Por lo que había visto de los Joyce, la verdad es que me caían bien; y además eran familia de unos amigos míos a quienes apreciaba mucho. Tal vez mis críticos tuvieran razón y hubiese llegado el momento de empezar a tomarme un poco más en serio este asunto.

Cuando regresé a Sussex, llevé a Ana al bar del pueblo y le conté la increíble suerte que había tenido. Pues bien, quiso el destino que en ese preciso momento estuviera en el bar un hombre llamado Keith, que llevaba un tiempo tratando de ganarse el favor de Ana. Lo recuerdo como una persona un tanto maloliente, con barba negra y una mofletuda cara infantil, que no tenía la más remota posibilidad de ligarse a mi chica porque, aparte de todo lo demás, era demasiado tacaño para pagar siquiera una ronda de bebidas.

Mientras me jactaba, entusiasmado, del dinero que de pronto me había caído del cielo, el tipo me interrumpió y dijo:

—Pues da la casualidad de que acabo de comprarme mi primer barco. Está atracado en Littlehampton y no tengo coche, así que, si me llevas hasta allí, te daré una clase de vela.

Sellamos el pacto con una cerveza... que pagué yo.